

SECCIÓN DE OBRAS DE ANTROPOLOGÍA

ENIGMÁTICO EDIPO

Mito y tragedia

CARLOS GARCÍA GUAL

ENIGMÁTICO
EDIPO

Mito y tragedia



Primera edición, 2012

García Gual, Carlos

Enigmático Edipo. Mito y tragedia / Carlos García Gual. – Madrid : FCE, 2012

275 p. ; 21 x 14 cm – (Colec. Antropología)

ISBN 978-84-375-0686-9

1. Literatura griega 2. Mitología griega I. Ser. II. t.

LC PA3976

Dewey 882 G532e

© 2012, Carlos García Gual

D.R. © 2012, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ESPAÑA, S. L.

Vía de los Poblados, 17, 4.º-15, 28033 Madrid

www.fondodeculturaeconomica.es

editor@fondodeculturaeconomica.es

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Carretera Picacho-Ajusco 227; 14200 México, D.F.

www.fondodeculturaeconomica.com

Imagen de portada: Kílix ático de figuras rojas (480-470 a.C.)

© Musei Vaticani, Roma

Diseño de portada: Leo G. Navarro

Impresión y encuadernación: Viro Servicios Gráficos, s.l.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra –incluido el diseño tipográfico y la portada–, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito del editor.

ISBN: 978-84-375-0686-9

D. L.: M-36543-2012

Impreso en España

ÍNDICE

<i>A modo de prólogo</i>	9
--------------------------------	---

Primera parte

TRADUCCIÓN: <i>Edipo rey</i> , de Sófocles.....	13
Acerca de la tradición de algunas versiones europeas de <i>Edipo rey</i>	66

Segunda parte

I. EL MITO.....	71
1. Las desdichas de los Labdácidas.....	72
2. La maldición de Pélope	79
3. La consulta al oráculo.....	84
4. Yocasta.....	86
5. Fatal encuentro y muerte de Layo	90
6. Tiresias.....	93
7. Creonte.....	94
8. El final de Edipo.....	96
9. Una perspectiva sobre el mito. El análisis estructural de Claude Lévi-Strauss	98
10. «Pies hinchados» y otros nombres.....	100
11. Tópicos del <i>folktale</i> del héroe.....	105
12. La Esfinge	107
13. Dos mitos contrapuestos (una sugerencia de Claude Lévi-Strauss)	115
II. INTERMEDIO.....	119
1. El teatro en Atenas.....	119
2. Tragedias sobre la saga tebana.....	124
3. Del mito a la tragedia. El caso de Edipo.....	127

4. <i>Antígona</i> , la rebelde contra el tirano	132
5. Sobre <i>Edipo en Colono</i> . Una despedida.....	138
6. Sófocles y el héroe trágico.....	140
III. LA TRAGEDIA DE <i>EDIPO REY</i>	157
1. Una investigación. ¿Quién mató a Layo?	159
2. La tragedia perfecta.....	162
3. La despedida de Edipo (y la del viejo Sófocles).....	171
4. El destino y la libertad del héroe.....	183
5. Edipo, rey y tirano.....	185
6. Los cantos del coro	190
7. Sobre la estructura dramática.....	193
8. Apolo y la <i>moira</i> de Edipo.....	194
IV. DESPUÉS DE SÓFOCLES.....	203
1. <i>Edipo</i> una y otra vez.....	204
2. El <i>Edipo</i> de Séneca	209
3. El mito de Edipo en el proemio del <i>Roman de Thèbes</i> ..	212
4. Dos dramas con nuevos episodios	216
4.1. <i>Edipo</i> de Corneille (1659).....	218
4.2. <i>Edipo</i> de Voltaire (1718).....	219
5. <i>Edipo y la Esfinge</i> de Hugo von Hofmannsthal.....	222
6. <i>La máquina infernal</i> de Jean Cocteau (1934)	231
7. Edipo, el hijo de la Esfinge. Un subversivo relato de Dürrenmatt	236
V. INTERPRETACIONES DEL MITO.....	247
1. Sigmund Freud y el «complejo de Edipo»	248
2. Edipo como <i>pharmakós</i> . La tesis de René Girard.....	254
3. Paul Ricoeur sobre la interpretación de Freud	259
4. De la tragedia al mito. Jean Bollack sobre Freud	264
<i>Epílogo</i>	267
<i>Nota bibliográfica</i>	275

A MODO DE PRÓLOGO

El detective descubre al final al asesino: es él mismo. El prestigioso rey sabio se revela como un ignorante: no sabía quién era ni de quién era hijo. El que se presentó como justo vengador del asesinato de su padre debe ejecutar la venganza, al descubrirse único culpable del antiguo crimen. También es él quien se juzga y se castiga. El héroe que salvó a la ciudad eliminando al monstruo feroz que la asediaba va por segunda vez a salvarla: será con su destierro. El rey que conquistó el trono de Tebas con su saber y audacia, aclamado como héroe vencedor que obtiene, en premio por su triunfo, la mano de la reina, descubre al cabo de un tiempo que, sin saberlo ni él ni ella, ha matado a su padre y comparte el lecho incestuoso con su madre. Esa es la dramática e inquietante trama que protagoniza Edipo. Un mito que, desde su lejanía, reclama la versión trágica.

Quien resolvió el enigma de la Esfinge fue, para sí mismo, en definitiva, un oscuro enigma. En una de las más atrevidas recreaciones modernas del mito, *La máquina infernal* de J. Cocteau, una obra de título muy significativo, la espantosa y astuta Esfinge, medio leona, medio mujer alada, no se suicida una vez que Edipo ha acertado la respuesta al enigma —pues en esta versión dramática ella misma le ha sugerido la solución—, sino que se asombra de la ingenuidad del joven héroe, al verle alejarse rumbo a Tebas, ufano e inconsciente de su destino, que no es sino una trampa trágica urdida acaso por los dioses. Esa versión es una posible interpretación de la trama edípica: parece un buen ejemplo de que nadie escapa a su destino. De acuerdo con la profecía del famoso oráculo,

Edipo actúa fatalmente: en efecto, tal y como parece fatal que ha de terminar ocurriendo, matará a su padre y se casará con su madre. ¿Están detrás de la escena los dioses? ¿Es Apolo, el ambiguo dios de Delfos, el que en el drama de Sófocles impulsa la investigación del crimen, un actor en la sombra? ¿Hasta dónde llega la libertad de Edipo?

Entre el mito y la tragedia hay distancias muy significativas. Y, con el tiempo, las representaciones del mito varían tremendamente. Desde Freud los lectores modernos han rastreado en las figuras del mito intrigantes aspectos simbólicos. Así, el encuentro con la Esfinge, por ejemplo, que es la gran hazaña singular de Edipo, no tiene un gran papel en la tragedia de Sófocles. Pero la terrorífica fiera, que, según Jung, es un símbolo o arquetipo de la «Madre Terrible», «una furia de libido incestuosa», aparece dibujada en algunos vasos de la cerámica del siglo v a.C., sentada y dialogando amablemente con un Edipo reposado —con sombrero y bastón de viajero—, sin que nada advierta de su tremenda ferocidad ni de su feminidad perversa y agresiva, rasgo en cambio que será muy destacado en las representaciones pictóricas, de cuño romántico, del siglo XIX.

En el fondo está siempre el mito; después, la tragedia, puesto que la de Edipo es una trama que se presta como ninguna al tratamiento dramático; finalmente, la larga serie de reflejos que proyectan uno y otra. Se trata de un relato muy conocido, recontado mil veces, pero al que todavía podemos volver, por su impresionante e intrigante sabor mítico.

Del mito arcaico y del *Edipo rey* de Sófocles trato en las páginas siguientes. Y he de decir de antemano que no puedo alegar una razón objetiva que justifique bien este nuevo libro sobre un tema griego tantas veces recreado y tantas veces comentado por grandes escritores y pensadores de indudable prestigio. No creo aportar al respecto ninguna tesis original; no hago sino traducir de nuevo esta tragedia (de la que hay

muchas versiones en castellano), y analizar los pasajes y los ecos más resonantes de la misma. Pero desde hace mucho he repasado el texto de la magnífica tragedia, y he leído a lo largo de los años trabajos incontables, sagaces y eruditos, que reflexionaban sobre su sentido, la trama y sus variantes. De modo que la relectura tanto del texto de Sófocles como de la tradición del mito de Edipo me han acompañado, como una presencia obsesiva (algo que, según pensará el lector, tampoco es muy original), hasta que he tomado la decisión de analizar de nuevo la antigua trama mítica y sus múltiples reflejos literarios. De ahí viene este libro, que recoge ecos y fragmentos de mis muchas lecturas, con muchas citas y referencias que espero que también para los lectores resulten, como para mí, sugestivas y luminosas. De ahí ese aspecto un tanto polifónico que tienen sus capítulos, en testimonio claro de reconocimiento y homenaje a otros estudiosos del imaginario helénico y la tradición clásica, evocados puntualmente. Esas referencias evidencian una deuda intelectual, que es grato, y justo, reconocer.

En cuanto a la estructura del libro, es bastante parecida a la de *Prometeo: mito y literatura*, ensayo que saqué a la luz hace ya tiempo y que ahora ha sido publicado nuevamente en esta misma editorial. En primer lugar queda mi traducción del *Edipo rey*, vienen luego unos capítulos sobre el análisis del mito, así como sobre los aspectos y motivos de la tragedia de Sófocles, y a continuación unas breves notas y comentarios sobre las recreaciones más interesantes del mito del trágico rey de Tebas.

Me han servido de gran y notable ayuda los trabajos recientes sobre el conjunto del mito de G. Guidorizzi y E. Lowell, junto a otros más antiguos, clásicos ya, libros de fondo, como los de G. Paduano, K. Reinhardt, B.M.W. Knox, W. Schadewaldt, J. Bollack, J.P. Vernant, C. Astier, y otros que el lector verá citados en estas páginas –a menudo en bre-

ves citas en las que he recogido sus propias palabras—. Las referencias a esas obras en el texto o en las notas a pie de página no son aparato erudito, sino que quieren, en mi intención, destacar los diversos aspectos y motivos de una historia de inagotables sugerencias. E invitar, a la vez, a la lectura de los mencionados libros y ensayos de tan magnífica tradición y hermenéutica.

Acabará este prólogo recordando una frase de J.P. Vernant: «El hombre trágico se hace enigmático para sí mismo». El mejor ejemplo resulta ser, sin duda, el de Edipo.

Madrid, septiembre de 2012

PRIMERA PARTE

TRADUCCIÓN

Edipo rey, de Sófocles

SÓFOCLES

Edipo rey

(Traducción)

Personajes:

Edipo

Sacerdote

Creonte

Coro (ancianos de Tebas)

Tiresias

Yocasta

Mensajero de Corinto

Servidor de Layo

Heraldo

Personajes mudos:

Antígona e Ismene, hijas de Edipo

Suplicantes y siervos del palacio

*(Ante el palacio de Edipo en Tebas. Una multitud de jóvenes y ancianos acuden como suplicantes –llevan ramos de olivo y cintas blancas en las manos–. Al frente, al abrirse la puerta, avanza el sacerdote de Zeus. Edipo, solemne y regio, sale a su encuentro).**

EDIPO.–Hijos míos, nueva estirpe del antiguo Cadmo, ¿por qué acudís ahora a mí con estas actitudes, armados con coronas y ramos de suplicantes? La ciudad entera está llena de humaredas y a la vez de súplicas de salvación y de lamentos. Pues considero justo escucharlo no de otros mensajeros, sino de vosotros mismos, hijos, aquí he venido, en persona, yo, a quien todos llaman el ilustre Edipo. Así que, anciano, dime tú, ya que parece adecuado para hablar en nombre de estos. ¿Por qué motivo estáis aquí, 10 por temor o por deseo? Piensa que estoy dispuesto a socorremos en todo. Duro de conmover sería, si yo no me compadeciera en esta situación.

SACERDOTE.–Sí, Edipo, soberano de esta tierra nuestra, ya ves la edad de quienes acudimos a tus altares. Los unos, aún sin mucha fuerza para alzar el vuelo; los otros, apesadumbrados por la vejez, los sacerdotes. Lo soy yo de Zeus, y estos están elegidos entre los jóvenes. El resto de la población, coronado de ramos de olivo, se asienta 20 en las plazas, junto a los dos templos de Atenea

* La numeración marginal corresponde a los versos del original griego.

y sobre el polvo profético del río Ismeno.
Porque la ciudad, como tú mismo observas, sufre ya
terrible tormenta y no logra alzar su cabeza
del abismo en medio de la sangrienta tempestad,
y se va muriendo en los frutos cosechados de la tierra,
y se va muriendo en los rebaños de sus pastos,
y en los partos sin hijos de las mujeres. Y un dios incendiario
asalta e invade la ciudad, la peste odiosísima,
que va dejando vacía la casa de Cadmo,
30 mientras el negro Hades se colma de gemidos y lamentos.

Así que no porque te igualemos a los dioses
acudimos ante ti estos jóvenes y yo como suplicantes,
sino porque te juzgamos el mejor de los hombres
en las desdichas de la vida y en los contactos con los dioses.
Pues a tu llegada librabste a la ciudad de Cadmo
del tributo que pagábamos a la implacable cantora, la Esfinge;
y eso sin saber nada más y sin haber sido instruido
por nosotros, sino que, según se dice y se cree,
con el apoyo divino, pusiste a salvo nuestra vida.

40 Y ahora, ¡oh tú, entre todos muy poderoso Edipo!,
todos los que aquí venimos te rogamos
que nos encuentres algún remedio, bien sea
escuchando la voz de algún dios o acaso por consejo humano.
Veo que se salvan mucho mejor las desdichas
mediante los consejos de los experimentados.
¡Venga, tú el más noble de los mortales, reanima la ciudad!
¡Vela por ti mismo! Pues ahora a ti esta tierra
te aclama como salvador por tu anterior empeño.
¡Que jamás vayamos a acordarnos de tu reinado
50 porque nos alzamos al principio y nos hundimos más tarde!
¡Pon en pie de nuevo esta ciudad con toda firmeza!
Ya que antaño, con favorable augurio, nos trajiste
la fortuna, también ahora muéstrate a la misma altura.
Puesto que seguirás gobernando esta tierra, que ya dominas,

es mejor que reines sobre hombres y no en una ciudad vacía.
Pues nada vale una torre ni una nave desierta
de hombres que las habiten en su interior.

60 EDIPO.—Angustiados hijos, venís a expresar anhelos
conocidos y que no ignoro. Pues sé bien lo que sufrís todos,
pero aunque sufráis, nadie hay entre vosotros que sufra
como yo.

Pues entre vosotros el dolor le llega a uno
solo por sí mismo, y por ningún otro, pero mi alma
solloza por la ciudad y por mí y por ti a la vez.
De modo que no me despertáis como a quien duerme un
sueño,
sino que sabed bien que he derramado muchas lágrimas
y he andado muchos caminos en los extravíos de mi preo-
cupación.

70 Y cavilando mucho vine a encontrar un único remedio,
y lo he puesto en práctica. A Creonte, mi cuñado,
el hijo de Meneceo, lo envié al oráculo pítico,
al templo de Febo, para que se informara de qué
podía hacer o decir yo para poner a salvo la ciudad.
Al calcular el tiempo transcurrido ya me inquieta
lo que le haya ocurrido. Más de lo acostumbrado
se alarga su ausencia, más del tiempo conveniente.
Pero en cuanto llegue, mezquino yo sería
si al instante no hiciera todo lo que el dios exija.

SACERDOTE.—¡Qué acierto! Acabas de decirlo y al momento
estos me indican que Creonte viene hacia aquí.

80 EDIPO.—¡Apolo soberano! Ojalá venga con buena fortuna
y con un mensaje de salvación según lo radiante de su aspecto.

SACERDOTE.—Favorable, al menos según conjeturamos.
Pues de otro modo no vendría así con una corona de laurel
florecido.

EDIPO.—Pronto lo sabremos. Pues ya está al alcance de mi voz.
Príncipe, querido cuñado, hijo de Meneceo,

¿qué mensaje vienes a traernos de parte del dios?

CREONTE.—Uno bueno. Y os digo que las desgracias, si uno acierta a salir bien de ellas, pueden concluir con feliz fortuna.

90 EDIPO.—¿Pero cuál es el mensaje? Porque todavía no estoy ni confiado ni temeroso por tu relato hasta ahora.

CREONTE.—Si quieres escucharlo ante esta gente, dispuesto estoy a hablar, y también si prefieres que vayamos dentro.

EDIPO.—Habla ante todos. Pues me preocupa más el sufrimiento de estos que el de mi propia alma.

CREONTE.—Voy a decir lo que he escuchado del dios. El soberano Febo nos ordena abiertamente expulsar la impureza del país, la mancha extendida en esta tierra, y que no alimentemos lo irremediable.

100 EDIPO.—¿Con qué rito purificador? ¿Qué aspecto tiene esa desgracia?

CREONTE.—Mediante una expulsión o resolviendo el crimen con otra muerte. Como si esa sangre atormentara la ciudad.

EDIPO.—¿A qué infortunio pues y a qué hombre alude?

CREONTE.—Tuvimos antaño, rey, como soberano de esta tierra

a Layo, antes de que tú tomaras el gobierno de la ciudad.

EDIPO.—Lo sé de oídas, pues nunca llegué a verlo.

CREONTE.—Este murió, y ahora el dios manda sin ambages que alguien castigue a quienes cometieron con su mano el crimen.

EDIPO.—¿En qué lugar de la tierra están ellos? ¿Dónde va a encontrarse

el difícil rastro de un asesinato tan antiguo?

110 CREONTE.—Afirmó que estaban en esta región. Lo que se busca

puede hallarse, pero lo que no se investiga escapa.

EDIPO.—¿Dónde encontró esa muerte Layo? ¿En su palacio,

SEGUNDA PARTE



Kílix ático de figuras rojas (480-470 a.C.).

© Musei Vaticani, Roma.

I. EL MITO

«En la tragedia griega, el mito ofrece los temas de la acción y los personajes, pero en el proceso de selección que hace el poeta podían intervenir motivaciones conexas con los hábitos y con la vida social y política de la ciudad y también la confrontación más directa con los otros autores que habían tratado antes sobre la misma escena el mismo tema: un debate crítico en el que estaba comprometido el público de la comunidad en su conjunto. De ahí vienen las numerosas innovaciones y resemantizaciones que el poeta trágico introduce al retomar mitos ya conocidos y la reinterpretación de las relaciones y conductas de los personajes míticos en el ámbito del diálogo dramático. Estas variaciones constituían el elemento decisivo de expectación y suspense para el público que, aun conociendo en los trazos esenciales el desarrollo del mito, no podía prever qué forma habría dado el poeta a la trama, ni el desarrollo de la acción y ni siquiera a qué conclusiones habría conducido la reelaboración dramática del mito.

Un problema, desde siempre objeto de discusión, está constituido por la relación mito-actualidad en la tragedia, relación entre tiempo mítico y tiempo presente de la representación. Para explicitar mejor esa relación, puede decirse que la tragedia utiliza una historia mítica en la cual se ponen en discusión las acciones de los héroes, a través de un ambiguo sistema de valores que remite implícitamente de las formas del pasado mítico a las instituciones de la ciudad y viceversa. En la dialéctica de esta relación se define la presencia del coro, portavoz de los valores éticos de la ciudad pero también espectador interno de la acción, proyección escénica del audi-

torio y por eso espectador activo directamente afectado en el evento dramático».

BRUNO GENTILI

Medea nella letteratura e nell'arte

«Reflexionar sobre un mito no significa determinar su eventual punto de partida, sino desenredar el núcleo de funciones simbólicas en las que reside el proceso de mitopoiesis, el cual actúa de manera que el mito tenga la capacidad de interpretar estructuras profundas del imaginario colectivo. No es importante, por lo tanto, buscar cuál es el sentido originario del mito, sino hacer emerger el núcleo de significados simbólicos que llevan hasta el corazón del imaginario colectivo de la sociedad que lo ha producido y lo usa como relato tradicional».

MAURIZIO BETTINI Y GIULIO GUIDORIZZI

El mito de Edipo

1. *Las desdichas de los Labdácidas*

Todo relato mítico es por esencia una narración heredada, memorable y tradicional, muy anterior a su escritura y sus reflejos en la tradición literaria. Quien cuenta un mito lo ha oído de otros, que lo oyeron y contaron antes, pues el mito no se inventa, sino que se transmite y pervive en la memoria colectiva como un legado narrativo heredado de generaciones anteriores. Así sucede en el caso de mitos como los griegos, que los poetas difundían con sus claras palabras al recontar-

los a sus oyentes, quienes reconocían en ellas las viejas historias de la tribu que ya habían oído de sus mayores desde su niñez, y que ahora los aedos, rapsodas y poetas griegos referían de nuevo con brillante estilo personal. Al ponerse por escrito, el relato mítico queda fijado, pero esa formulación no se presenta como una representación definitiva, ni como un texto sagrado o apoyado por una autoridad religiosa. Son los poetas primero y luego otros narradores en prosa los que nos han dejado los relatos míticos tal como, siglos después, los conocemos. Está claro, en todo caso, que nosotros conocemos los mitos griegos solo a través de esos testimonios que nos ofrece la literatura antigua, o lo que nos ha llegado de esta, en textos troquelados en diferentes formas y géneros poéticos. (Hay también escenas míticas representadas en la antigua cerámica, pero esos testimonios son aún más fragmentarios y de difícil interpretación, por lo que ahora podemos dejarlos de lado).

Es a través de esos reflejos literarios como hemos de reconstruir el armazón más arcaico y la estructura esencial del relato oral más antiguo, y evidentemente no podemos llegar a depurar o despojar esos relatos escritos (unos antes y otros después) de detalles y secuencias añadidas por una transmisión que los va enriqueciendo, incorporando acaso episodios nuevos, o estableciendo algunas variantes, en versiones más o menos poéticas. No podemos aspirar a reconstruir la forma original de un mito. Sobre todo cuando nos han llegado sus ecos fragmentarios de diversas épocas. Porque incluso las menciones más antiguas no dejan de ser fragmentos o variantes de un relato original, parcialmente conservado y en parte perdido, al que la versión literaria o rememoración por escrito ha dado la configuración narrativa que nosotros podemos leer a larga distancia, un texto que se compuso marcado por su contexto histórico y en un género literario que en cierto modo lo coloreaba o acentuaba. Puede

presentarse en una alusión en un poema épico o una evocación dramática o un resumen más o menos detallado en la prosa de un mitógrafo tardío. Y, como sabemos, los testimonios literarios que hemos conservado son una pequeña parte de la caudalosa narrativa mítica antigua, por tanto, hubo muchos relatos perdidos. Por eso no hay que empeñarse en buscar el mito originario en una forma fija, como señala muy bien Lowell Edmunds.¹ A partir de una primera versión, que no tenemos, han surgido, a lo largo de siglos, nuevas variantes del relato mítico, en una tradición que no solo recuerda y transmite, sino que a la par revive, discute y reinterpreta el esquema fundamental. Hay que reconocer que la tradición del mito, que enriquece y rejuvenece con nuevos matices el significado del relato original, en esa larga historia de la recepción y reinterpretación de su sentido y entramado (eso que Hans Blumenberg llamó «trabajo sobre el mito»), acaba por formar de un modo significativo el decurso vital del mito en la cultura y la literatura. Y también que en esa larga tradición una determinada versión se impone como la más influyente, la más lograda, la presentación clásica del mito, como es, en este caso, la tragedia de Sófocles.

Como decíamos, podemos muchas veces detectar que en un relato mítico hay detalles o motivos que no pueden ser originarios, es decir, procedentes de su supuesto núcleo más antiguo, porque evocan o proceden de cierta época posterior a la narración primitiva, pero, no obstante, el que algunos aparezcan atestiguados en versiones míticas que son posteriores a otras no es un indicio seguro de que hayan sido invenciones posteriores, ya que puede tratarse de variantes del mito oral que no recogieron los textos conservados más antiguos, porque no hay versiones completas de un mito, sino siempre evocaciones fragmentarias del mismo.

¹ L. Edmunds, *Oedipus*, Londres, Routledge, 2006.

Acerca del mito de Edipo y su familia, la de los Labdácidas de Tebas, sabemos que existieron algunos antiguos poemas épicos, pero pocos fragmentos tenemos sobre los más famosos: la *Edipodia* y la *Tebaida*, del siglo VII a.C., que se perdieron pronto. Ciertamente diferían de la versión trágica de Sófocles en algunos detalles significativos. Por ejemplo, parece que en ninguna de estas obras Edipo moría, como en la versión de Sófocles, ciego y en el exilio. Y diferían seguramente de otros detalles, como vemos en la mención más antigua de la saga, que tenemos ya en dos alusiones homéricas.

Efectivamente en la *Iliada* (canto XXIII, vs. 679-680), en la primera mención de Edipo, se cuenta que un guerrero ha asistido a sus funerales en Tebas. En la *Odisea*, en el canto XI, 271-280, cuando Ulises cuenta a los feacios su visita al mundo de los muertos, relata que allí, en el Hades, divisó, entre el tropel de fantasmas ilustres, a su famosa madre y esposa. (Y nos la presenta con una curiosa variante en el nombre de la reina suicida: la llama Epicasta, no Yocasta).

Y vi a la madre de Edipo, la hermosa Epicasta,
 quien, en su ignorancia, cometió una acción terrible
 al casarse con su hijo. Este la tomó por mujer tras dar muerte
 a su padre. Pronto los dioses revelaron el secreto a los humanos.
 Edipo, por su parte, con terribles penas siguió reinando en
 Tebas,
 la muy amada, de acuerdo con los crueles designios de los
 dioses.
 Pero ella marchó al reino de Hades, severo guardián de sus
 puertas,
 ahorcándose de un apretado lazo corredizo en su alto dormi-
 torio,
 vencida por la angustia. Y a él le dejó muchas penas futuras,
 las que llevan adelante las Erinias suscitadas por una madre.

Tras estas advertencias parece conveniente comenzar con un vistazo de conjunto a la narración mítica sobre los descendientes de Lábdaco, rey de Tebas, nieto de Cadmo, el fundador de la ciudad, y padre de Layo, personaje decisivo en el mito. Resulta cómodo para ello citar el resumen que nos da el mitógrafo Apolodoro (siglo II d.C.) en su tratado de mitología, es decir, en *Biblioteca mitológica*, libro III, 5, 7-9. Este mitógrafo, erudito tardío, ofrece un panorama bastante completo de los mitos griegos, extractando sus noticias de sus lecturas de la literatura anterior, especialmente de los textos trágicos, con cierto afán didáctico. Y dice así la narración de Apolodoro:²

Layo se casó con una hija de Meneceo, a la que unos llaman Yocasta y otros Epicasta. El oráculo (de Delfos) le había advertido que no tuviera descendencia, pues su hijo habría de ser parricida;³ a pesar de ello él, embriagado, se acostó con su mujer. Cuando nació el niño, después de perforarle los tobillos con punzones, lo entregó a un pastor para que lo expusiera. Este abandonó al niño en el monte Citerón, donde lo encontraron unos boyeros del rey Pólipo de Corinto, y se lo llevaron a Peribea, la mujer de este. Ella lo tomó a su cargo haciéndolo pasar por hijo suyo, y, después de curarle los tobillos, lo llamó Edipo por sus pies hinchados. Cuando el muchacho creció, como aventajara en fuerza a sus compañeros, por envidia lo tildaron de espurio. Edipo interrogó a Peribea y, al no quedar satisfecho, fue a Delfos a preguntar

² Cito el texto, con algún pequeño retoque, de la traducción de Margarita Rodríguez de Sepúlveda, en Apolodoro, *Biblioteca*, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1985, pp. 149-151.

³ Como se ve, Apolodoro no cuenta el motivo de tal profecía. Pero es importante tener en cuenta una noticia sobre la maldición que pesa sobre Layo que está aludida antes en Apolodoro, y que leemos en uno de los «argumentos» que preceden a las ediciones de las *Fenicias* de Eurípides, que comentaremos luego.

por sus verdaderos padres. El dios le dijo que no regresara a su patria, pues de lo contrario habría de matar a su padre y acostarse con su madre.

Al oír esto Edipo, creyendo ser hijo de quienes se decían sus padres, se alejó de Corinto. Cuando en su carro atravesaba la Fócide, en un camino estrecho se topó con Layo, que iba también en su carro. Polifontes, palafrenero de Layo, le ordenó dejar libre el paso y, ante su desobediencia y demora, mató a uno de sus caballos. Edipo, entonces, indignado, dio muerte a Polifontes y a Layo, y se dirigió a Tebas. Layo fue sepultado por Damasítrato, rey de Platea, y Creonte, hijo de Meneceo, ocupó el trono tebano. Durante su reinado una gran calamidad se abatió sobre Tebas, pues la diosa Hera envió a la Esfinge, hija de Equidna y de Tifón a asediar la ciudad. Tenía rostro de mujer, y pecho, patas y cola de león, y alas de ave. Había aprendido de las Musas un enigma, y desde un monte cercano lo planteaba a los tebanos. El enigma era este: ¿qué ser provisto de voz es de cuatro patas, de dos y de tres?

Según un oráculo, los tebanos se librarían de la Esfinge cuando resolvieran el enigma; por ello a menudo se reunían tratando de hallar la respuesta, y como no la encontraban, la Esfinge se apoderaba de uno u otro de ellos y los devoraba. Habían perecido así muchos, y el último Hemón, hijo de Creonte. Cuando este pregonó que daría el reino y la mano de la esposa de Layo a quien descifrara el enigma, Edipo, habiéndolo oído, encontró la solución y dijo que el enigma propuesto por la Esfinge se refería al hombre, que de niño es cuadrúpedo, pues anda a gatas, en la madurez bípedo, y en la vejez usa como tercer pie el bastón. Entonces la Esfinge se arrojó desde la acrópolis y Edipo obtuvo el reino y se casó con su madre sin reconocerla. Engendró en ella dos hijos, Polinices y Eteocles, y dos hijas, Ismene y Antígona... Más tarde, al descubrirse el secreto, Yocasta se ahorcó, Edipo se arrancó los

ojos y, desterrado de Tebas, maldijo a sus hijos que presenciaron su expulsión sin socorrerlo.

Con Antígona llegó a Colono, en el Ática, allí donde está el recinto consagrado a las Euménides, se sentó allí como suplicante y, acogido por el rey de Atenas, Teseo, murió poco después.

A continuación, el mitógrafo cuenta cómo, luego de la muerte de Edipo, sus dos hijos se enfrentaron por el trono de Tebas y se mataron en feroz duelo uno a otro. En la guerra por el poder regio Eteocles defendía la ciudad y Polinices la atacaba al frente de un ejército venido de Argos y capitaneado por siete ilustres guerreros. (Es el tema que tenemos en las tragedias de *Los siete contra Tebas*, de Esquilo, y *Fenicias*, de Eurípides). Más tarde, después de contar el asalto fracasado de los argivos y la muerte de los dos hermanos, le dedica unas líneas a Antígona (III, 7,1):

Cuando Creonte se hizo cargo del gobierno de Tebas decidió dejar insepultos los cadáveres de los argivos y, después de pregonar que nadie los enterrara, puso vigilantes. Antígona, una de las hijas de Edipo, robó el cuerpo de Polinices y lo enterró en secreto, pero sorprendida por Creonte, fue encerrada viva en una cueva.⁴

⁴ Estas líneas resumen el argumento de la *Antígona* de Sófocles, si bien con algunas variantes, pues en la tragedia conservada la joven princesa no llega a mover el cuerpo de su hermano y solo lo cubre simbólicamente con unos puñados de polvo. Ciertamente hubo otras versiones. El mitógrafo latino Higino relata (*Fábulas*, 72) que la condenada Antígona fue liberada y puesta a salvo por su prometido Hemón, el hijo de Creonte. Con él tuvo un hijo, pero Creonte descubrió el asunto, por una marca de familia que tenía el niño. Entonces Hemón dio muerte a su amada y a continuación se suicidó. Parece que esta variante está en el argumento de la *Antígona* perdida de Eurípides (que solo conocemos por algunas citas).